

Diócesis de Barbastro-Monzón

Seréis mis testigos hasta el confín de la tierra



*La pregunta que no
tiene respuesta*

*“Os he hecho muchas
obras buenas, ¿por cuál
de ellas me apedreáis?”
(Jn 10, 32)*

4

**Cuarta Semana de Cuaresma
2023**

Comenzamos rezando

La presencia de Jesús en la fiesta de la Dedicación del Templo produjo una controversia entre los judíos y un nuevo enfrentamiento con Jesús; éstos, en el climax de la discusión, intentaron apedrearlo; era la tercera vez que intentaban acabar con él de este modo. Entonces era invierno.

En la primavera de aquel mismo año, Jesús fue arrastrado al tribunal del gobernador romano acusado falsamente de ser un peligro para el Imperio. Así se cumplió la predicción, recogida por el evangelista Juan, cuando Jesús se identificó como el pastor bueno, anunciado por los profetas, que se juega la vida para defender a los que están sometidos a un peligro mortal:

«Mis ovejas escuchan mi voz, y yo las conozco, y ellas me siguen, y yo les doy la vida eterna; no perecerán para siempre, y nadie las arrebatará de mi mano» (*Jn* 10, 25-28).

Cuando el evangelista puso por escrito estas palabras, muchos cristianos ya “habían sido arrebatados” o martirizados sin perder la esperanza de que, más allá de la muerte, seguirían perteneciendo a Jesús y serían suyos, porque habían escuchado la voz del Pastor. Esta situación ha tenido infinitas réplicas a lo largo de la historia de la Iglesia, que es una historia de mártires. En la persecución religiosa de nuestra Diócesis, volvieron a producirse situaciones parecidas. Nuestros mártires hubieran podido repetir lo que Jesús dijo a los judíos, cuando intentaron apedrearlo: «Os he hecho ver muchas obras buenas por encargo de mi Padre: ¿por cuál de ellas me apedreáis?» Hoy

La pregunta que no tiene respuesta

recordamos, con cariño y emoción, la muerte violenta de tres religiosas clarisas del Monasterio de Monzón, ocurrida en los primeros meses de la guerra civil y damos gracias al Señor por su testimonio con el siguiente himno litúrgico:

Nos apremia el amor, vírgenes santas,
vosotras, que seguisteis su camino,
guiadnos por las sendas de las almas
que hicieron de su amar amor divino.

Esperasteis en vela a vuestro Esposo
en la noche fugaz de vuestra vida,
cuando llamó a la puerta, vuestro gozo
fue contemplar su gloria sin medida.

Vuestra fe y vuestro amor fue fuego ardiente
que mantuvo la llama en la tardanza,
vuestra antorcha encendida asiduamente
ha colmado de luz vuestra esperanza.

Pues gozáis ya las nupcias que el Cordero
con la Iglesia de Dios ha celebrado,
no dejéis que se apague nuestro fuego
en la pereza y sueño del pecado.

Demos gracias a Dios y, humildemente,
pidamos al Señor que su llamada
nos encuentre en vigilia permanente,
despiertos en la fe y en veste blanca. Amén.

¡Qué hermoso sería morir por Cristo!

Los testimonios recogidos por la Comisión Histórica, que ha preparado la documentación enviada a la Santa

Sede para la causa de beatificación de estas hermanas, nos acercan al momento de su muerte. Cuando estalló la guerra civil, las hermanas del Monasterio de las Clarisas de Monzón fueron acogidas por diversas familias, que les facilitaron el traslado hasta las casas de sus familias. Tres se refugiaron en el pueblo de Calasanz, en casa del primo de sor María Antonia Pascau. Las otras dos eran sor Inés Sota y sor Josefa Belarra, que procedían de Navarra y no podían llegar a sus casas. En aquella familia de Calasanz, que las acogió, ayudaban en todas las labores y en el cuidado de las seis criaturas que había en la casa.

La posibilidad del martirio nunca las arredró, antes bien sentían una fortaleza interior que les hizo exclamar: “¡Qué hermoso sería morir por las almas y por Cristo!”. “¡Qué gracia tan grande ser mártir! El Señor nos dará para todo.”

Cuando los milicianos llegaron a Calasanz, las interrogaron como a malhechoras, con preguntas que abochornan, del tipo de “¿A quién quieres más a Dios o al proletariado?” Se las instó a que blasfemasen para evitar el ser asesinadas; a sor Inés Sota se le quiso obligar a romper un papel en el que se había dibujado una cruz, diciéndole que era Dios. Ellas contestaron que amaban a Dios y que preferían morir que ofenderle. Se las llevaron en un coche; ellas sabían que su muerte era segura, pues dijeron a una mujer del pueblo, apretándole la mano: «Nosotras vamos a morir. Pidan al Señor que perseveremos fieles hasta el último momento, que si perseveramos no matarán a nadie más del pueblo». Los vecinos, que asistían impotentes al ultraje, testificaron que durante tres horas las hicieron sufrir mucho y, finalmente, a cuatro kilómetros de Peralta de la

Sal, en la carretera de San Esteban de Litera, las mataron a tiros y quemaron sus cadáveres rociándolos con gasolina. Coronaron su vida implorando el perdón para sus verdugos.

El relato de estas historias martiriales subraya las palabras de Jesús, con ocasión de la fiesta de la Dedicación: ¿por cuál de las obras buenas que os he hecho me intentáis apedrear? Aquellas religiosas, lo mismo que los sacerdotes y los laicos cristianos que sucumbieron en la persecución religiosa, habían servido y ayudado a muchas personas. Del beato Ceferino, “El Pelé”, se dice que acogía en su casa a mendigos, les daba ropa en buen uso y dinero, sin hacer distinción de si eran gitanos o payos; su amor se extendía incluso a sus enemigos y nunca hablaba mal de nadie. Fue detenido por defender a un sacerdote y por no renunciar a entregar el rosario que llevaba siempre en el bolsillo.

Si estuvierais ciegos...

El evangelista Juan construyó el relato de su evangelio en dos partes bien diferenciadas. Los estudiosos llaman a la primera “el libro de los signos” y a la segunda “el libro de la gloria”. En la primera, recogió seis “signos” con los que Jesús manifestó, durante su vida pública, quién era él y cuál era su misión. Son los siguientes: la conversión del agua en vino en las bodas de Caná, la curación del hijo de un oficial real, la curación de un paralítico en la piscina de Betesda, la multiplicación de los panes, la curación de un ciego de nacimiento y la resurrección de Lázaro. Cada uno de ellos manifiesta una faceta de la personalidad de Jesús como Mesías: en Caná, ofreció a todos el vino bueno y abundante

del Reino de Dios; al curar al hijo del oficial real, puso de manifiesto que la fe de aquel pagano era imprescindible para reconocerle como salvador; con el parálitico de la piscina se reveló como el que nos libera de la parálisis espiritual que produce el pecado; en la multiplicación de los panes se manifestó como el verdadero maná, el “pan de la vida” bajado del cielo para la vida del mundo; en la curación del ciego de nacimiento, se identificó como “la luz” que hace que no caminemos por la vida a ciegas; y en la resurrección de Lázaro, él mismo afirmó ser la “resurrección y la vida” para todo el que cree en él.

Los signos eran diáfanos, pero había que mirarlos con los ojos de la fe para comprender su significado y descubrir la personalidad de Jesús. El “signo” de la curación del ciego de nacimiento es particularmente instructivo para caer en la cuenta de cómo la ceguera espiritual puede atrapar al ser humano y condenarlo a despreciar irremisiblemente a Cristo como salvador.

Los fariseos intentaron negar lo evidente, diciendo que el ciego sanado no había sido ciego, sino otro que se le parecía; llamaron a sus padres para que testificasen si aquel hijo suyo había nacido ciego y cómo era que se le habían abierto los ojos; trataron de desactivar con todos los medios posibles la sorpresa y el atractivo que aquella curación ejercía sobre el pueblo; finalmente, al no conseguir que el que había sido ciego secundase sus pretensiones, lo expulsaron de la sinagoga y lo insultaron echándole en cara: «Has nacido empecatado, ¿y nos vas a dar lecciones a nosotros?».

Cuando lo expulsaron, Jesús se encontró con él y le preguntó: «¿Crees tú en el Hijo del hombre?». Aquel buen

hombre se dio cuenta de que era Jesús quien le había curado e hizo un sincero y agradecido acto de fe: «Creo, Señor», dijo, y se postró ante él. Fue entonces cuando Jesús exclamó suspirando: «Para un juicio he venido yo a este mundo: para que los que no ven, vean, y los que ven, se queden ciegos». Los fariseos, que estaban por las vueltas, se sintieron aludidos y preguntaron: «¿También nosotros estamos ciegos?», a lo que Jesús contestó: «Si estuvierais ciegos, no tendríais pecado; pero como decís: “vemos”, vuestro pecado permanece».

De este modo tan gráfico explicó Jesús qué es la ceguera espiritual y cómo actúa. La ideología y los sentimientos, hábilmente manejados por el Maligno, impiden ver la verdad de los hechos, y la soberbia lleva a poner las propias convicciones por delante de toda otra consideración, lo cual produce la engañosa convicción de tener los ojos abiertos, cuando en realidad están totalmente cerrados a la luz.

¡Libranos del mal!

Esta ceguera espiritual se pone de manifiesto, con especial virulencia, en la persecución por causa de la fe. El Maligno, al que la Biblia llama “diablo” porque divide y desorienta, lejos de ser una antigualla del pasado, se hace presente en los momentos de persecución e impide “ver” la vida, los hechos y las personas en su auténtica dimensión. Esto explica que Jesús preguntase a los judíos por cuál de las obras buenas que les había hecho querían apedrearlo. Y con Jesús, podían preguntar lo mismo nuestros mártires.

En la última petición del *Padrenuestro*, Jesús nos dijo que suplicáramos: «líbranos del mal» o del Maligno; es tanto como pedir: “líbranos de la ceguera espiritual”. Joseph Ratzinger-Benedicto XVI, en su libro “*Jesús de Nazaret*”, escribe que ambos términos — mal y Maligno— son inseparables. El vidente que escribió el Apocalipsis dice que vio salir del mar, de los oscuros abismos del mal, al “dragón” o la bestia:

«A ésta la describió con los distintivos del poder político romano, dando así una forma muy concreta a la amenaza que los cristianos de aquel tiempo veían venir sobre ellos: el derecho total sobre la persona que era reivindicado mediante el culto al emperador, y que llevaba al poder político-militar-económico al sumo grado de un poder ilimitado y exclusivo, a la expresión del mal que amenaza con devorarnos. (...) Aunque ya no existen el imperio romano y sus ideologías, ¡qué actual resulta todo esto! También hoy aparecen, por un lado, los poderes del mercado, del tráfico de armas, de drogas y de personas, que son un lastre para el mundo y arrastran a la humanidad hacia ataduras de las que no nos podemos librar. Por otro lado, también se presenta hoy la ideología del éxito, del bienestar, que nos dice: Dios es tan sólo una ficción, sólo nos hace perder tiempo y nos quita el placer de vivir. ¡No te ocupes de Él! ¡Intenta sólo disfrutar de la vida todo lo que puedas! El Padrenuestro en su conjunto y esta petición en concreto, nos quieren decir: cuando hayas perdido a Dios, te habrás perdido a ti mismo; entonces serás tan sólo un producto casual de la evolución,

La pregunta que no tiene respuesta

entonces habrá triunfado realmente el “dragón”. (...) Por eso pedimos desde lo más hondo que no se nos arranque la fe que nos permite ver a Dios, que nos une a Cristo».

Este deseo y petición aparecen en las trágicas peripecias vividas por nuestros mártires, que explican por qué prefirieron la muerte a renegar de Dios.

Meditando su ejemplo de entereza y fe, oramos con la siguiente oración que cantamos o escuchamos:

No adoréis a nadie, a nadie más que a Él, *(bis)*
no adoréis a nadie, a nadie más, *(bis)*
no adoréis a nadie, a nadie más que a Él.

Porque sólo Él os puede sostener, *(bis)*
no adoréis a nadie, a nadie más, *(bis)*
no adoréis a nadie, a nadie más que a Él.

No sigáis a nadie, a nadie más que a Él, *(bis)*
No adoréis a nadie, a nadie más, *(bis)*
No adoréis a nadie, a nadie más que a Él.

(Hay una versión musical en Youtube)

El ciego de nacimiento quedó curado después de lavarse en la piscina de Siloé, siguiendo las indicaciones de Jesús. El agua de aquella piscina sirvió para abrir sus ojos a la luz, de igual modo que la Iglesia ha visto siempre en las aguas del Bautismo el instrumento de nuestra iluminación interior para descubrir a Jesucristo y seguirle hasta la muerte. Recordando nuestro bautismo y dando gracias por él, rezamos:

La pregunta que no tiene respuesta

¡Nacidos de la luz!, ¡hijos del día!
Vamos hacia el Señor de la mañana;
su claridad disipa nuestras sombras
y llena el corazón de regocijo.

Que nuestro Dios, el Padre de la gloria,
limpie la oscuridad de nuestros ojos
y nos revele, al fin, cuál es la herencia
que nos legó en el Hijo Primogénito.

¡Honor y gloria a Dios, Padre celeste,
por medio de su Hijo Jesucristo
y el don de toda luz, el Santo Espíritu,
que vive por los siglos de los siglos! Amén.

(Hay una versión musical en Youtube)

Para la reflexión personal y en grupo

- ♦ ¿Descubro en mi vida espiritual algún rastro de esa “ceguera espiritual”, que impide descubrir a Jesús en los “signos” de su presencia que la Iglesia ofrece? ¿Cuáles son estos rastros?
- ♦ ¿Al rezar el *Padrenuestro*, pido con verdadero deseo verme libre de las seducciones del Maligno?

Guía para orar durante la Cuaresma

Para la cuarta y quinta semanas

Del 19 al 25 de marzo y del 26 de marzo al 1 de abril

Durante esta cuarta semana será útil que reflexionemos sobre una amarga pregunta que Jesús hizo a los judíos: “Os he hecho ver muchas obras buenas por encargo de mi Padre: ¿por cuál de ellas me apedreáis?” La conflictiva situación que relata el evangelista cuando Jesús acudió a la fiesta de la dedicación (*Jn 10, 22-42*) pone de manifiesto el riesgo de esa ceguera interior, que impide ver la verdad y el amor de Jesucristo.

Lecturas bíblicas para estas semanas

Leed los capítulos 4–5 y 22 del Apocalipsis. Con un lenguaje simbólico, se manifiesta la majestad de Jesucristo y su triunfo definitivo sobre el mal. Él, muerto y resucitado, es el único que da sentido al mundo y a su historia.

Oraciones para estas semanas

“Señor yo creo, pero aumenta mi fe”. (Mc 9,24)

No qué creo, sino en quién creo.

En la noche negra y oscura
no me confortan ni consuelan
ideas, pensamientos, palabras,
consideraciones o creencias humanas,
sólo me calma y conforta

La pregunta que no tiene respuesta

mi fe en esa persona que tanto me quiere.

No qué amo, sino a quién.

Cristo es mucho más que su doctrina,
más que la multitud de sus obras buenas,
más que mandamientos y credos,
es, ante todo y sobre todo, la persona que me ama.

No qué creo, sino en quién.

¿Quién camina junto a mí en las tinieblas?

¿Quién comparte conmigo la carga?

¿Quién es luz en la más espesa niebla?

¿Quién más allá de la muerte
me promete una vida verdadera?

¿Qué tengo yo, que mi amistad procuras?

¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
que a mi puerta, cubierto de rocío,
pasas las noches del invierno oscuras?

¡Oh, cuánto fueron mis entrañas duras,
pues no te abrí! ¡Qué extraño desvarío,
si de mi ingratitud el hielo frío
secó las llagas de tus plantas puras!

¡Cuántas veces el ángel me decía:
«Alma, asómate ahora a la ventana,
verás con cuánto amor llamar porfía!»!

¡Y cuántas, hermosura soberana,
«Mañana le abriremos», respondía,
para lo mismo responder mañana!

(Lope de Vega)